

Manuel Villar Raso, escritor ejemplar

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS
CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UGR

Conoció a Manuel Villar Raso hace ya más de cuarenta años, cuando se incorporó al claustro de profesores de nuestra Universidad, a la que ha enriquecido con su dedicada labor docente, sobre todo en el campo de los estudios norteamericanos, y con una valiosa escritura narrativa largamente ejercida; en ella siempre he admirado su permanente ejercicio de libertad, su pulso mantenido de corredor de fondo y su pasión contagiosa por la búsqueda de nuevos temas, nuevos horizontes y nuevos compromisos que den respuesta clara a los problemas de nuestro tiempo y a las crueldades contemporáneas.

Sin duda la escritura de Villar hay que situarla en esa tradición de disidencia que se ha ido instalando en el horizonte intelectual y crítico de nuestro tiempo, una escritura disidente relacionada, por ejemplo, con la drástica revisión que, desde hace unos lustros, se está proponiendo de las imágenes de otros pueblos ofrecidas durante siglos por el colonianismo eurocéntrico; una visión colonial que creó unas imágenes de los pueblos conquistados que no eran sino el producto distorsionado de una mirada que nunca contemplaba al 'Otro', sino que se miraba a sí misma y a sus propios intereses ideológicos y económicos. Hace ya años el profesor Jorge Urrutia recordaba con ajustadas palabras que «el África que Europa ofreció a la modernidad era una construcción cultural creada para el mayor engrandecimiento y la autosatisfacción de las naciones coloniales».

Pues bien, en esa tradición de disidencia y muy referida precisamente a África, se han situado buena parte de los trabajos de Manuel Villar, fruto de sus experiencias personales, que han tenido una repercusión valiosa y ejemplar en su propia dedicación a la literatura y en sus miles de lectores, en los que ha ido provocando una nueva mirada sobre unos mundos realmente ignorados en su terrible existencia.

Sirva como brillante ejemplo aquella su primera aventura por Marruecos en la que descubrió en la plaza de Xemal-el-Fna, de Marrakech, el relato de los moriscos españoles expulsados que a fines del siglo XVI conquistaron un país al Sur del Sahara; y a partir de esa aventura literaria de recuperación histórica comienza en Manuel Villar su pasión ininterrumpida por el África real y contemporánea, a la que ha dedicado todo su poder de asombro y toda la fuerza de su sensibilidad de artista, que con los cinco sentidos absolutamente abiertos ha sabido encontrar, y ganar para la literatura, en los lugares más profundos de ese continente, sus tremendos contrastes, los infinitos matices de sus colores diurnos y nocturnos, los ritmos de su naturaleza dura y agresiva, sus olores penetrantes e insólitos, sus sabores difíciles y sorprendentes, sus sensaciones corporales suaves y ásperas, sus inspiradas culturas, sus religiones liberadoras o esclavizantes y el terrible problema humano, la tragedia de la persistente hambruna que asola sus poblaciones y el drama de la mujer irremediabilmente sojuzgada por una violencia cotidiana, ritual y aceptada.

En este sentido, la aventura personal y literaria de Manuel Villar ha tenido mucho de descenso a los infiernos, pero el conocimiento que surge de esa experiencia ha sabido proyectarlo a un sinnúmero de lectores, que, gracias a él, hemos crecido significativamente en conciencia responsable sobre el mundo que nos rodea. Y en esa línea estuvo precisamente su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, un discurso vibrante, valiente y crítico con ejemplares argumentos, que todos recordamos. Vaya en paz, nuestro querido Manuel Villar Raso, y felicitémonos por haber gozado de su amistad y por todo el caudal de textos que nos deja.